

Señor presidente:

Muchas gracias por esta visita; por querer conocer de manera directa nuestras actividades y proyectos, y compartir nuestras inquietudes y deseos.

Esta Casa, señor presidente, tiene fama de ser muy tradicional. Y nosotros reconocemos que lo es. Pero no tanto por su fidelidad a las formas protocolarias exteriores como en el sentido profundo y verdadero del concepto: el que significa recibir un legado y comprometerse a transmitirlo, enriquecido, a quienes nos sucedan. Nos sentimos, por eso, herederos de aquellos ilustrados «novatores», renovadores, del siglo XVIII, que considerando un privilegio, como expresamente declaraban, «servir al honor de la nación» sirviendo al estudio, cuidado y esplendor de su lengua, trabajaron sin descanso, invierno y verano, para construir en pocos años lo que fue el mejor diccionario de Europa en su tiempo, el *Diccionario de Autoridades*; para sistematizar una gramática que fijaba la norma de la corrección, y acordar una ortografía. Con ello establecieron en poco tiempo los tres códigos en que se sustenta y se expresa la unidad de nuestro idioma.

Aquellos hombres beneméritos han sido desde entonces el referente ejemplar de las sucesivas generaciones de académicos. Con los altibajos propios del devenir de toda institución humana, la Real Academia Española es la única institución española que ha desarrollado su actividad sin interrupción desde hace casi tres siglos. Cada generación hizo su trabajo. Alguna, con trascendencia histórica. Pienso, por ejemplo, en lo que supuso en el momento de la emancipación de las provincias ultramarinas, cuando soplaban vientos de independencia lingüística, la decisión de fomentar el nacimiento de una Academia correspondiente de la española en cada una de las jóvenes repúblicas. En algunos casos y durante algún tiempo —conviene no olvidarlo— constituyó la Academia el único puente de unión con la antigua metrópoli.

Sí, cada generación hizo su trabajo. No fue menor el de la generación académica de la larga posguerra civil. Pagó la Academia muy caro —quedó prácticamente borrada de los presupuestos del Estado la subvención económica— el negarse a borrar de su lista, como se pretendía, los nombres de los académicos republicanos en el exilio. Pero entre tanto aquí se evidenció, señor presidente, el mejor ejercicio de convivencia, practicada ya en la época de la República, entre académicos de las más opuestas ideologías: Pemán cedía el puesto de director a don Ramón Menéndez Pidal y, como gustaba de repetir don Pedro Laín, Buero Vallejo —no es metáfora— se sentaba y departía amigablemente con Torcuato Luca de Tena.

Hace casi cincuenta años, exactamente en 1956, en este mismo lugar, durante el II Congreso de la entonces recién nacida Asociación de Academias de la Lengua Española, pronunció Dámaso Alonso un discurso revolucionario. «A las Academias les convendría —es una opinión puramente personal, decía— arrojar la casaca dieciochesca. Estaríamos mucho más ágiles; yo desearía que a la medalla que llevamos sobre el pecho algún ingenioso emblematista le grabase otro lema más actual, que expresara nuestra voluntad decidida de hacer todo lo posible por impedir la fragmentación del idioma». Y enunciaba don Dámaso a renglón seguido necesidades programáticas concretas: crear institutos de lexicografía, articular la colaboración de las Academias, etc.

Pero la Academia seguía en la miseria económica. Permítame, señor presidente, que rinda aquí y ahora homenaje a quienes, como don Rafael Lapesa —valga él por todos—, dejando a un lado sus trabajos personales, encerrados en la sala del Seminario de Lexicografía consagraron lo mejor de su vida —más de veinte años en

el caso de don Rafael— a empezar a construir el *Diccionario histórico*, sólo por servir al honor de la nación y con ese solo pago.

Hubo que esperar a que llegara la democracia para que poco a poco se fuera cobrando conciencia de lo que esta Academia podía y tenía que hacer. En 1993 se renovaron los Estatutos, y el sueño de don Dámaso empezó a hacerse realidad. El artículo I declara que el objetivo primordial de nuestros trabajos es defender y promover la unidad del idioma en estrecha colaboración con las veintiuna Academias de América y Filipinas. Con el respaldo y el estímulo entusiasta de S. M. el Rey, patrono constitucional de esta Casa, con la ayuda creciente del Gobierno y de la sociedad civil —articulada esta a través de la Fundación pro Real Academia Española— es mucho lo que hemos hecho. Mucho. Me atrevo a decirlo sin sonrojo porque no es obra personal de los directores (de Fernando Lázaro, impulsor de la última renovación, o de quien de él, en línea de esa tradición a la que antes aludía, recibió el testigo que mañana entregará a otro): ha sido y es una tarea colectiva, de todos los que integramos la Academia.

En la rápida visita que hemos hecho a los distintos departamentos ha podido comprobar, señor presidente, cómo responde la Academia a las ayudas que recibe. Hemos construido un banco de datos léxicos del español de todos los tiempos y todos los países hispánicos —los corpus de la Academia— que constan en este momento de unos cuatrocientos cincuenta millones de registros y que son consultados por miles de personas todos los días. Hemos recuperado y puesto en valor el viejo fichero de papel: doce millones de fichas acumuladas a lo largo de casi tres siglos. Hemos reunido en un *Nuevo Tesoro Lexicográfico* los mejores diccionarios, desde el de Nebrija hasta los más recientes. Esas tres fuentes de datos, complementarias, pueden ser ahora armonizadas e integradas en un conjunto superior, lo cual nos facilita unas posibilidades de trabajo poco menos que impensables hasta hace muy poco tiempo. De otra parte, la utilización constante de los procedimientos electrónicos y de las técnicas de la lingüística computacional ha hecho que la Academia recopile información, la procese y la ponga a disposición de todos los interesados, técnicos o no, de modo tal que se ha convertido en la primera referencia para el mundo hispánico en todo lo relacionado con la lengua y también con sus aplicaciones en el complejo mundo de la informática. Gracias a esos procedimientos podemos actualmente detectar con seguridad las nuevas palabras y las nuevas acepciones y medir su extensión y niveles de uso. El reconocimiento internacional ha hecho que la Academia colabore desde hace ya algunos años con Microsoft, que incorpora nuestro *Diccionario* a todos sus productos para el mundo hispánico. Además de tener en Internet versiones periódicamente actualizadas, el *Diccionario* ha diversificado los soportes en los que puede ser consultado. Dentro de unos días entregaremos a la vicepresidenta primera del Gobierno los módulos que permitirán su consulta instantánea, desde cualquier puesto de trabajo de cualquier Ministerio. También en próximos días estará a disposición de los interesados la versión para agenda de bolsillo y estudiamos ahora las condiciones de su vinculación a los buscadores de Internet más utilizados y los servicios de telefonía móvil. Por fin, nuestra sección de «Español al día» atiende a más de trescientas cincuenta consultas diarias, muchas de ellas procedentes de organismos oficiales.

Y detrás de todo eso o sirviéndose de todo eso está el trabajo callado de los académicos, que actualizan y mejoran día a día —todos los días de la semana— el *Diccionario*, que ya no es solo del español peninsular sino del de todo el mundo hispanohablante; que construyen una nueva gramática —la última edición era de 1931 (en realidad, de 1917)—, que por primera vez va a ser una gramática del español no solo peninsular sino de toda la ancha variedad del español; que revisan y actualizan la *Ortografía*, cuyo valor de unidad se aprecia con solo pensar en lo

que está ocurriendo con la dualidad portugués/brasileño o con el cisma ortográfico alemán.

La comunidad iberoamericana de naciones es comunidad fundamentalmente porque comparte una lengua común. Desde el año 2001 todas las obras que publica la Real Academia Española llevan expresa la coautoría de las veintiuna Academias de la Asociación. No es un adorno gratuito sino la expresión de una realidad: todo lo hacemos en común, el *Diccionario* académico y el *Diccionario de americanismos*; la *Gramática*, la *Ortografía*, el *Diccionario panhispánico de dudas* y el *Diccionario del estudiante*. Para eso, con el apoyo del Gobierno, estamos ayudando a que todos dispongan de sede propia, digna y dotada de las infraestructuras necesarias —cinco hemos contribuido a recuperar ya— y en nuestra Escuela de Lexicografía formamos cada año a veinte alumnos seleccionados por cada una de las Academias, que después se convierten en becarios-colaboradores de nuestros trabajos.

No olvidamos, naturalmente, el cuidado de nuestra lengua en nuestra patria: nos preocupa su respeto efectivo en el concierto armónico de las lenguas de España, que sentimos como patrimonio común y con cuyas Academias mantenemos una relación de amistad y colaboración. Nos preocupa su enseñanza, sobre todo en los niveles educativos en que el aprendizaje de las lenguas se fija, y su correcto uso en los medios de comunicación, en particular, como es lógico en los de titularidad pública, así como en los documentos legales y administrativos. No le faltará nunca al Gobierno en todos esos campos la colaboración leal de nuestra Academia.

Pero esta visita tiene, además, señor presidente, un objetivo concreto ligado al *Diccionario histórico del español*. En la primera visita que hizo a esta Casa la señora ministra de Educación y Ciencia, le explicamos que constituye el reto que ahora debemos afrontar. Es ciertamente una deuda que la Academia tiene contraída con la sociedad. Lo sabemos y queremos saldarla. Pero es también una deuda que todos los hispanohablantes tienen, tenemos contraída con nuestra lengua. En nuestra última sesión plenaria recordaba al propósito el señor vicedirector cómo en la Alemania dividida por el muro, los rigurosos controles se abrían con naturalidad para que los filólogos de una y otra parte pudieran reunirse para continuar el trabajo del *Diccionario histórico* de la patria indivisible del alemán. Todo un ejemplo.

Un diccionario histórico no es un lujo para un lengua. Se trata de un instrumento que resulta imprescindible para poder entender los textos del pasado y hasta para comprender los usos del presente. Su inexistencia, hemos de reconocerlo, es la más grave debilidad que tiene nuestra lengua, y que la distancia considerablemente del inglés, del alemán, del francés o del italiano.

Para el filólogo resulta tan difícil trabajar sin apoyo de un diccionario histórico como supondría para un astrónomo no poder contar con un telescopio de alta resolución. Aún hay palabras en el *Quijote* que, tras tantos esfuerzos interpretativos, no se dejan entender; y no las comprenderemos hasta que, cotejadas con las que aparecen en textos de la misma época y con otros anteriores a ella, podamos encontrar esa luz que salta de la comparación. Pero la utilidad de un diccionario histórico no se reduce a la mejor comprensión de la lengua del pasado; solo con él lograremos entender la razón de las aparentes anomalías de nuestra lengua en el presente, puesto que la mayor parte de ellas no tienen una justificación lógica, sino histórica.

Todo eso explica que el fundador de la filología hispánica, don Ramón Menéndez Pidal, quisiera ponerlo en marcha, y justifica cumplidamente que la Real Academia

Española, que mantiene vivo su legado científico, siga empeñada en este reto — reto difícil, sin ninguna duda—, decidida a poner en juego toda su experiencia, todo el saber de los académicos y convencida de que puede embarcar en esta prodigiosa aventura a los centros de investigación españoles e hispanoamericanos.

Porque, como acabo de decir, se trata de una deuda común, creemos, señor presidente, que la construcción del *Diccionario histórico* debe ser considerada un proyecto de Estado y por eso hemos solicitado la ayuda del Gobierno, para garantizar básicamente la continuidad de trabajo en un período de quince años. No habrá que esperar a entonces para poder consultarlo. De la misma manera que el *Diccionario usual* se va actualizando de modo continuo en Internet, empezaremos en un plazo corto a ofrecer la consulta de lo que vaya siendo elaborado en el *Diccionario histórico*.

Con nosotros trabajarán, desde el primer momento —acaba de sugerirlo—, todas las Academias hermanas de América y, juntos, trataremos de incorporar a nuestra tarea común la colaboración de centros de investigación como el de la Fundación San Millán de la Cogolla, de grupos universitarios y de personal investigador de los distintos programas ministeriales.

De seguro, señor presidente, que para cuantos trabajan en el campo de las Humanidades ha sido hoy motivo de alegría oír al presidente del Gobierno enlazar la voluntad de apoyo al proyecto del *Diccionario histórico* con la que presta al sincrotón o al supercomputador «Mare nostrum», y que «el Gobierno concibe este proyecto como una gran infraestructura estatal para colocar la lengua española a la altura histórica que le corresponde y, al mismo tiempo, situarla al nivel de prestigio alcanzado por otras lenguas en el avance científico, la investigación, el pensamiento y la comunicación universales, como es el caso del inglés o el francés». Precisamente, para su diccionario histórico, el *Trésor de la langue française*, articuló recientemente el Gobierno de Francia una estructura análoga a lo que ahora se dispone a propiciar el Gobierno de España.

Gracias, señor presidente, por ello, muchas gracias. Tenga la seguridad de que, con las Academias hermanas, la Real Academia Española sabrá corresponder al esfuerzo del Gobierno para que pueda aplicársenos lo que del mecenas de la iglesia salmantina de San Boal reza la lápida fundacional: que esforzado «supo unir en su ilustre edificar / al ánimo de empezar / la gloria de concluir».